

Domingo 18 Tiempo Ordinario (Ciclo B)

+ Lectura del santo Evangelio según san Juan

En aquel tiempo, cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaún en busca de Jesús. Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron:

- «Maestro, ¿cuándo has venido aquí?».

Jesús les contestó:

- «Os lo aseguro, me buscáis, no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad, no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre; pues a éste lo ha sellado el Padre, Dios».

Ellos le preguntaron:

- «Y, ¿qué obras tenemos que hacer para trabajar en lo que Dios quiere?».

Respondió Jesús:

- «La obra que Dios quiere es ésta: que creáis en el que él ha enviado».

Le replicaron:

- «¿Y qué signo vemos que haces tú, para que creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: "Les dio a comer pan del cielo"».

Jesús les replicó:

- «Os aseguro que no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo».

Entonces le dijeron:

- «Señor, danos siempre de este pan».

Jesús les contestó:

- «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí nunca pasará sed».

Palabra del Señor

Homilías

(A)

El domingo pasado veíamos a Jesús dando de comer a los que le seguían. Hoy le vemos molesto porque le siguen. Y es que le siguen, no por haber comprendido el sentido del signo que ha realizado: solidarizarse con ellos, alimentándoles. Le siguen porque han saciado su hambre y siguiéndole pueden buscarse una vida más fácil y llenar su estómago con facilidad.

Jesús tuvo compasión de la gente y les dio de comer en el desierto hasta que quedaron saciados.

Entonces quisieron hacerle su jefe, su rey. Pero Jesús dejó a las multitudes y se fue a la otra orilla del lago.

Las gentes le siguen, consiguen dar con El y Jesús les dice. "Os aseguro, me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque habéis comido hasta saciaros".

Jesús les había dado de comer, pero su intención no era solamente el saciar su hambre. Quería mostrarles un signo del Reino de Dios: un Reino de Amor, de Solidaridad y de Comprensión. Así quería enseñarles cómo debe ser el comportamiento entre nosotros.

Sin embargo, ellos no le comprendieron y le siguieron en plan egoísta. Por eso Jesús se queja de que le sigan, y se queja con amargura.

A nosotros nos puede pasar lo mismo. Movilizar a un pueblo, por un trozo de pan es fácil si carece de todo. Movilizar a un pueblo para alcanzar mayores cotas de bienestar material es fácil.

Pero esto es sólo el primer paso. El problema surge si queremos dar un paso más. Si queremos avanzar más allá de lo puramente material.

Si queremos explicar que además del alimento material necesitamos otras cosas para poder vivir en esta sociedad: explicar que necesitamos el cariño, la libertad, la solidaridad; explicar que debemos superar nuestro egoísmo y preocuparnos de los demás. Eso es ya otro asunto.

Jesús dio pan a los hambrientos para saciar su hambre, pero también para que sintieran necesidad de ayudar a los demás, para que sintieran hambre de solidaridad.

Jesús, primero llenó sus estómagos, pero después quiso que aprendieran el sentido del ejemplo: "haced vosotros lo mismo." Un muchacho aportó algo en favor de la comunidad y llegó para todos.

Si todos aportamos algo, entonces saciaremos el hambre y nos sentiremos felices, porque hemos hecho algo en favor de los demás.

Cada uno con lo nuestro, tal vez no podemos vivir, pero uniendo los pocos de cada uno, con la colaboración de todos llegará la felicidad para todos y también el alimento.

Porque el problema no es producir más sino repartir mejor y así llegará para todos. Es lo que nos enseña Jesús hoy.

(B)

Jesús, tras la multiplicación de los panes, se retira de nuevo al monte huyendo de la intención que tenían de proclamarlo rey. La ausencia de Jesús hace que la gente le busque. Al encontrarlo se entabla un diálogo con ellos que a la vez que servirá para revelar al Padre y a su enviado, el Hijo, y para desvelar las secretas intenciones de los que le siguen.

En la vida ordinaria conocemos «fidelidades interesadas». Detrás del seguimiento a alguien más de una vez lo que hay es «búsqueda de algo». La «paga» de nuestras necesidades o ambiciones la encontramos en el vasallaje que damos a alguno. No falta gente que busca interesadamente poder o riqueza y esto le obliga a «cambiar de chaqueta» según le conviene. Hoy dicen una cosa, mañana otra; poco importa, con tal de conseguir lo que persiguen. Algo de esto achaca Jesús a la gente: «*Me buscáis no porque los signos os interroguen, sino porque comisteis hasta saciaros*», les argumenta Jesús de sopetón. Y añade: «*Trabajad por lo que perdura*». ¿Qué es lo que perdura? «*Que creáis en el que Dios ha enviado*». En un momento Jesús ha centrado el tema. No vale seguirle por curiosidad ni por interés; no vale seguirle porque o cuando necesitamos algo que no alcanzamos con nuestra

manos, no vale acordarnos de Dios, como dice el refrán, «cuando truena». Jesús rechaza de un plumazo un seguimiento interesado o cuando nos interesa, mientras el resto de la vida «nos las apañamos nosotros sin Dios» tan ricamente... Quedan así deslegitimadas muchas posturas ante Dios que sólo son «cuando me apetece, cuando le necesito». El Dios de Jesús no es para «llenar huecos» o «cubrir necesidades»; es para saciar el hambre más profunda que tenemos dentro. Dios, dicho de otra manera, no es útil; Dios es necesario.

El seguimiento de Jesús exige fidelidad y aceptación: fe en Él, acogerle como don del Padre continuamente... «*Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no pasará hambre*». Esta es la revelación a la que conduce el diálogo con la muchedumbre.

Llegar a «necesitar a Dios» es un largo camino. Más bien hoy lo que muchos dicen es que no necesitan a Dios para nada. Se mantienen en un terreno superficial de necesidades básicas que la sociedad del bienestar colma. Esto produce una especie de adormecimiento general de la persona. Hay que atravesar muchas capas para llegar al corazón y darse cuenta de que «en el fondo, somos radicalmente necesidad», que es mucho más que necesitar esto o lo otro. Un Dios a medida de nuestras necesidades puede que nos resulte muy necesario en un momento dado, pero no será nunca el Dios verdadero. Dios tiene preparado para nosotros el pan de nuestra hambre y el vino de nuestra sed: Cristo Jesús es el proyecto de Dios, el alimento de nuestras vidas, el pan del cielo. No nos vendrá mal rezar: «*Danos siempre de ese pan*».

(C)

Es un tópico hablar hoy de consumismo. Nos parece lo más normal. Se siguen abriendo nuevos centros comerciales e hipermercados. Los restaurantes multiplican sus ofertas. Cada vez es mayor la profusión de productos que uno puede elegir y el número de cadenas que puede seleccionar. Todo está ahí a nuestra disposición: objetos, servicios, viajes, música, programas, vídeos. Ya no son las religiones ni los pensadores los que marcan las pautas de comportamiento o el estilo de vida. La «nueva sociedad» está dirigida cada vez más por la moda consumista.

Hay que disfrutar de lo último que se nos ofrece, conocer nuevas sensaciones y experiencias. La lógica de «satisfacer deseos» lo va impregnando todo desde niños.

Está naciendo lo que el profesor G. *Lipotvesky* llama el «individuo-moda», de personalidad y gustos fluctuantes, sin lazos profundos, atraído por lo efímero. Un individuo sin mayores ideales ni aspiraciones, ocupado sobre todo en disfrutar, tener cosas, estar en forma, vivir entretenido y relajarse. Un individuo más interesado en conocer el parte meteorológico del fin de semana o los resultados deportivos que el sentido de su vida. No hemos de demonizar esta sociedad. Es bueno vivir en nuestros días y tener tantas posibilidades para alimentar las diversas dimensiones de la vida. Lo malo es quedarse vacío por dentro, atrapado sólo por «necesidades superficiales». Dejar de hacer el bien para buscar sólo el bienestar, vivir ajenos a todo lo que no sea el propio interés, caer en la indiferencia, olvidar el amor. No es superfluo recordar en nuestra sociedad la advertencia de Jesús: «*Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura, dando vida eterna*». El mismo *Lipotvesky*, que tanto subraya en sus obras los aspectos positivos de la moda consumista, no duda en recordar que «*el hombre actual se caracteriza por la vulnerabilidad*». Cuando el individuo se alimenta sólo de lo efímero se queda sin raíces ni consistencia interior. Cualquier adversidad provoca una crisis, cualquier problema adquiere dimensiones desmesuradas. Es fácil caer en la depresión o el sinsentido. Sin alimento interior la vida corre peligro. No se puede vivir sólo de pan. Se necesita algo más.

(D)

Cuando Jesús ve ante sí a la muchedumbre que había saciado y que le había buscado con anhelo, le reprocha: “Sé que me buscabais no porque habéis visto signos, sino porque habéis comido pan hasta hartaros”. Precisamente porque les había hartado con pan y pescado, por eso le quieren proclamar rey; porque esperaban que les iba a resolver los problemas de alimento... Por eso Jesús huyó de ellos. Aquella muchedumbre le

ocurrió lo que dice el refrán oriental: *Cuando el dedo señala la luna, el tonto se queda mirando el dedo.*

No han entendido que la multiplicación de los panes es un signo que hace referencia a una realidad que está más allá del hecho en sí. es como el dedo de la luna. Lo importante es mirar la luna. Es como si alguien, después de haber participado en casa de un amigo de una comida de amistad, le dijera: “Cuánto te agradezco que me hayas llenado el estómago. A ver si me invitas muchas veces”.

Jesús explica el sentido del signo: Vosotros sois un nuevo pueblo de Dios que peregrina a través del desierto; y a vosotros se os da el verdadero maná y el agua viva. Yo soy el verdadero pan vivo bajado del cielo; yo soy el agua viva. El que viene a mí no pasará hambre y el que cree en mí no pasará nunca sed.

El Evangelista Juan señala que al final de la explicación, se produjo la gran desbandada. Sólo quedó un pequeño grupo. Jesús llega a preguntar a los apóstoles: ¿También vosotros queréis marcharos?. Pedro, en nombre de todos, responde: “Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna.”

Parece que la gente lo único que quería resolver era la cuestión del estómago. Otras cuestiones espirituales, el sentido de la vida, el compartir, la solidaridad... le traían sin cuidado... No les interesaba escuchar a un profeta que invitaba a salir del egoísmo y a caminar por la senda de la libertad y del amor.

Esta desbandada, nos recuerda la de nuestros días, la de los que, de hecho se han alejado de la vivencia religiosa, sobre todo en España. En los últimos 20 años la práctica religiosa se ha reducido en un 50 %...

Dios apenas resulta rentable, Dios no es ya útil, y entonces, de forma casi inconsciente, se prescinde de Él. Las muchedumbres desilusionadas de hoy sólo esperan de Él panes y peces. A veces se vuelven a Él ocasionalmente cuando la necesidad aprieta... Es encomiable que nosotros estemos aquí esta mañana por gracia del Espíritu, sin buscar favores terrenos, ni siquiera con la intención de ir pagando a plazos una vivienda maravillosa en el cielo, ni por evitar un pecado mortal..., sino gratuitamente para encontrarnos con el Padre, para escuchar su palabra, para alimentarnos de Él, para celebrar nuestra fraternidad, para alabar,

bendecir, dar gracias y reconfortarnos para seguir alegres y animosos en la lucha de cada día.

Muchos se preguntan hoy: ¿Para qué sirve la fe? Yo les suelo contestar que para todo y para nada. Para nada a nivel temporal. Ciertamente Dios no te dará salud, ni riqueza, ni poder, ni bienestar. Quizás, más bien, te invitará a desprenderte de lo que te encadena. Pero, al mismo tiempo, la fe, la vivencia cristiana, lo da todo.

Recordemos la famosa pintada de los jóvenes del 68: *Nos habéis llenado la barriga, pero no nos habéis dado razones para vivir.*

El pragmatismo es una de las tentaciones que acosan permanentemente y hoy quizás más que nunca. Se tiende a medir todo por la utilidad, por la producción, por el consumo...

¿Para qué sirve la religión?.. Es como preguntarnos: ¿Para qué sirve la relación entre padres e hijos, la relación entre amigos?

¿Para qué sirve la honradez? ¿Para que sirve contemplar una puesta de sol? ¿Para qué sirve escuchar una sinfonía?

Desde el punto de vista utilitarista, la religión no sirve para nada.

Sirve, en todo caso, para ponernos en actitud de servicio ante Dios en las personas de los demás, sobre todo de los pobres...

La religiosidad utilitarista, adulterada, pone a Dios al servicio del hombre; la religiosidad auténtica, la verdadera fe cristiana pone al hombre al servicio de Dios.

¿No es una satisfacción encontrarse con Dios y con los hermanos?

¿No es una tremenda deshumanización olvidarnos de nuestro padre o madre porque se han hecho viejos y ya no pueden ayudarnos económicamente, o no podemos sacar nada de ellos o no nos pueden prestar ningún servicio?

Creo que algo que ha contribuido al desprestigio del cristianismo ha sido el mercantilismo que ha rodeado la práctica religiosa de muchos creyentes: con votos y promesas, con compraventas de favores de santos... Este mercantilismo es francamente repugnante...

Porque si algo es el Evangelio es pura gratuidad...

Por eso, para que la fe y nuestras celebraciones tengan fuerza testimonial es preciso que resaltemos en ellas los aspectos gratuitos: la oración desinteresada de alabanza, de ofrecimiento,

de acción de gracias, de perdón. Es preciso fomentar el gozo de hacer el bien porque sí..,

He aquí el testimonio conmovedor de un convertido: “Jesús no sólo no ha venido a darme nada a nivel temporal, sino que ha venido a pedirme: tiempo, dinero, servicios a favor de los demás. Pero, a otro nivel, Jesús ha venido a dárme todo. Él ha llenado de sentido mi vida. Es, justamente, la fe la que me ha dado lo que hace tiempo buscaba sin saberlo”. Este creyente no sigue a Jesús por el pan con minúscula, sino por el Pan con mayúscula. El Señor nos dice a todos, en contraposición con los criterios humanos, *lo que no tiene precio es, justamente, lo que vale.*

(E)

Mamá, mírame soy Emily

José Luis Martín Descalzo cita una escena de “Nuestra Ciudad” de Thornton Wilder, en la que describe cómo un día autorizaban a los muertos a regresar a la vida y vivir un solo día con los vivos. Nadie quiso volver, salvo la niña Emily que, a pesar de que todos la desaconsejaban, ella quiso hacer la experiencia de revivir el día en que cumplió nueve años.

“Y ahí la vemos, con sus nueve años recién cumplidos, bajando las escaleras de la casa, con su vestido nuevo y sus rizos recién peinados, esperando el grito de alegría que dará su madre cuando la vea tan guapa. Pero su madre está ocupadísima en preparar la tarta del aniversario y la merienda, a la que vendrán todas las amigas de su hija.

Y ni siquiera mira a la pequeña. “Mamá, mírame” grita Emily, “soy la niña que hoy cumple nueve años”. Pero la madre, sin mirarla, respondió: “Muy bien, guapa, siéntate y toma tu desayuno”.

Emily repite: “Pero mamá, mírame, mírame”. Pero su madre tiene tanto que hacer que ni la mira. Luego vendrá su padre, preocupado por tantísimos problemas económicos. Y tampoco él mirará a su hija. Y no la mirará tampoco su hermano mayor, volcado en sus asuntos. Y Emily suplicará en el centro de la

escena: “Por favor, que alguien se fije en mí. No necesito ni de pasteles ni de dinero. Sólo que alguien me mire”. Pero es inútil. Los hombres, ahora lo descubre, no se miran, no reparan los unos en los otros. Porque no les interesa a ninguno lo del otro. Y, llorando, regresa Emily al mundo de los muertos, ahora que ya sabe que estar vivo es estar ciego y pasar junto a lo más hermoso sin mirarlo”. (Razonas para la alegría pág. 126)

El caso de Emily, sabemos que es una ficción literaria, pero que tiene una historia real. Son muchos los que a nuestro lado están necesitados de que los veamos, les miremos y nos fijemos en ellos.

Y esto es lo maravilloso del Evangelio de estos domingos en su discurso del Pan de Vida. Es importante que Jesús dé de comer a tanta gente con hambre. Pero, tal vez lo más importante es que Jesús “levantó los ojos, y vio a la gente...”

No habrá milagro, si primero no tenemos ojos para ver a los demás.

Es cierto que la gente necesita pan para comer.

Pero, con frecuencia, la gente necesita sobre todo sentir que alguien le mira, alguien se fija en él, que para alguien sigue siendo todavía importante, más importante que nuestros quehaceres y ocupaciones.

El pan puede llenar el estómago. Pero una mirada bondadosa nos hace recuperar nuestra propia autoestima.

El pan puede saciar el hambre. Pero unos ojos que nos miran y contemplan nos hacen interesantes a nosotros mismos y nos devuelven el ánimo de seguir viviendo y luchando por la vida.

En nuestro mundo hay mucha hambre. Pero, de ordinario, siempre nos fijamos en los hambrientos que tenemos lejos de nosotros.

¿Alguien tiene tiempo para mirar con amor a los que tienen el estómago vacío a nuestro lado?

¿Alguien tiene una mirada de bondad para esos que cada día pasan a nuestro lado y nos tienden la mano?

Tal vez no podamos solucionarles su problema. Pero siempre

podremos tener una mirada y una palabra de bondad que les llegue al alma.

En nuestro mundo hay demasiada hambre de pan. Pero nuestro mundo, incluso el mundo de los ricos, sufre de otras muchas hambres tan importantes como las del pan, el arroz o el pescado o la carne.

A muchos les sobra el pan. Pero les falta la mirada de amor y de cariño de los suyos. Por eso se sienten extraños incluso en casa. Maridos, ¿cuánto tiempo hace que no miráis a los ojos de vuestras esposas?

¿Sabéis de qué color son sus ojos?

¿Cuánto tiempo hace que no os fijáis en el vestido nuevo, en su nuevo peinado, para decirle que le queda bonito?

Padres, ¿cuánto tiempo hace que no miráis con ternura a los ojos de vuestros hijos? ¿Y cuánto tiempo hace que no les decís lo bonitos que les quedan esos pantalones vaqueros, rotos y deshilachados por todas partes? Ya sé que a vosotros eso no os va, pero a ellos les encantan.

¿Será cierto lo que dice Emily? ... “ahora que ya sabe que estar vivo es estar ciego y pasar junto a lo más hermoso sin mirarlo”.

¿Será cierto que estar vivo es estar ciego y pasar junto a lo más hermoso sin mirarlo?

(F)

1.- Todavía olía el ambiente a pan recién hecho por la multiplicación de los panes cuando sucede esta escena del evangelio de hoy, en que aparece otro pan con otro aroma, que no satisface los estómagos vacíos sino los corazones hambrientos.

“Me buscáis porque habéis comido hasta saciaros, “es la queja del Señor, que no quiere convertirse en nuestro proveedor de nuestro supermercado, Corte Ingles o Caprabo.

El Señor sabe que no nos atrae el aroma de Dios, que tenemos atrofiado el olfato para el pan que ha bajado del cielo, mientras nos entusiasma el aroma del pan recién hecho como a los judíos.

2.- Nuestra petición no debería ser “Señor, tenemos hambre”, sino “Ayúdanos porque es que no tenemos hambre de Ti”. Tenemos el corazón y los sentidos tan llenos de ruidos, de sensualidad, de colores chillones, de ese pasarlo bien, que no tenemos hambre para buscar a Dios.

--Deberíamos buscar con el interés y la fe merecedores de la promesa del Señor “Buscad y hallaréis”.

--Deberíamos buscar al Señor perdido, con el ansia con que José y María lo buscaron y hallaron en el Templo.

Como María Magdalena buscó a su Señor junto al sepulcro y mereció ser llamada por su nombre, “María”, que abrió sus ojos a su Señor.

El Hijo de Dios, ese mismo Jesús que nos dice “me buscáis porque os habéis saciado”, nos enseña a buscar lo que se le había perdido, la oveja, dracma, nuestro corazón. El sí tienes hambre de nosotros y nos busca con ansia y muy a su costa.

No te buscamos, Señor, porque no tenemos hambre, y qué terrible es haber perdido el apetito. ¿Es que buscamos al Señor, con la mera curiosidad con que Herodes buscaba ver al Señor?

3.- Todos tenemos experiencia de esta nuestra falta de apetito, una misa o una ceremonia que se alargue un poco más nos aburre mientras un serial (como “Amar en tiempos revueltos”) se nos pasa en un santiamén y no nos perdemos uno. Si nos gusta leer nos gustan las novelas, la ciencia ficción, la historia y se nos cae de las manos la Escritura.

4.- Nos insultamos de ventanilla a ventanilla yendo en el coche a prisa a no se sabe dónde y nunca tenemos prisa por llegar a misa a tiempo.

Me pregunto por qué los hombres cuando vamos un banquete disfrutamos tanto comiendo y bebiendo y, en cambio, cuando venimos a una iglesia, nos aburrirnos soberanamente. ¿Será más importante alimentar el cuerpo que alimentar el alma?

Y es que no tenemos hambre, Dios es algo bueno para nosotros, pero superfluo, no es de vida o muerte como el pan para el hambriento. El señor nos dé hambre de El, para que no muramos de indigestión de otras cosas.

Pues ojo...Que lo dijo una mujer de Castilla, que además es santa, Teresa de Jesús: “Quien a Dios tiene, nada le falta. Sólo Dios basta.”

Si tienes todo menos a Dios, todo te falta. Si tienes a Dios, nada te falta...

P. Juan Jáuregui Castelo